

EN MEMORIA DEL
DR. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO



Académico de Número de la Sección de Humanidades, medalla número 42.

En su toma de posesión, celebrada el día 27-01-2016, pronunció el discurso de ingreso: *Intelectuales andaluces en el Madrid del primer tercio del siglo XX*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=271>

FEDERICO FERNÁNDEZ DE BUJÁN FERNÁNDEZ

Académico de Número de la Sección de Derecho de la Real Academia de Doctores de España
fdebujan@der.uned.es

EL MAESTRO JOSÉ MANUEL CUENCA. HISTORIADOR Y HUMANISTA

*En Córdoba, romana y mora
se me ha muerto como del rayo
José Manuel Cuenca
“con” quien tanto quería.*

Estos versos son, como se habrá reconocido, una paráfrasis de lo que podría ser una simbiosis entre la “Elegía a Ramón Sijé” de Miguel Hernández y la “Andalucía” de Manuel Machado. Su enunciado reproduce el dolor que invadió mi corazón cuando me comunicaron la noticia.

Parto pues, mi *In Memoriam*, glosando esas estrofas y lo hago dirigiéndome a José Manuel, en la misma forma dialógica que me he expresado.

En Córdoba... donde has desarrollado la etapa más importante de tu ejercicio de eminente Catedrático. Donde has consolidado, a sangre y fuego -con capacidad y duro trabajo- tu sólido prestigio. Donde has sido tan amado y tan respetado. Donde sentías que era tu segunda casa.

Se “me” ha muerto... No solo se ha muerto, sino que se “me” ha muerto/terminado todo lo que hacía contigo y todo lo que habíamos pensado hacer. Hará falta tiempo para que, todos los que te queríamos, asumamos que no podemos ya gozar de ti como antes, que no podremos estar a tu lado.

Como del rayo. Tenías una edad avanzada, pero no tanto. No se esperaba “esa” tu partida. Estabas en plenitud intelectual, en el altiplano de tu sabiduría. En plétora humana, con dichosa dedicación, diría “consagración”, a los tuyos y a los que te rodeábamos.

“Con” quien tanto quería. La forma habitual es: “a” quien tanto he querido. Pero yo, siguiendo al poeta, prefiero expresarme a través de la preposición “con”. Pues decir que “te quería” es mucho, pero no es completo, al no expresar “todo” lo que me ha causado tu muerte. Al perderte, siento un vacío de lo que hemos vivido y compartido: conocimientos y sentimientos, opiniones y creencias, aficiones y gustos... Entre éstos, destaco el fascinante atractivo que tú y yo teníamos por Sevilla. Tú por natura, yo por ventura. Fue meta, siempre deseada, de uno de los viajes que habías planeado, en varias ocasiones, para los dos

matrimonios. Un destino proyectado... pero irrealizado, por razones ajenas a nuestra voluntad. Me decías que solo contigo, podría entrar en la “Sevilla escondida”, esa que menos se conoce. Y que, llevándome del brazo, y escuchándote, yo sería capaz de descubrir y, de comprender, su soberbia belleza y, así, quedar admirado por el encanto de esa ciudad que “huele a azahar”, que “tiene duende”, que se viste de un “color especial” y que “enamora al cielo”.

Ser amigos ha sido para nosotros un “estar pendiente” el uno del otro. Uno de los recuerdos más indelebles que me quedan será el gozo que sentí, hace dos años, cuando disfruté de algunos días en tu bellísima villa cordobesa. Me colmaste de afecto desbordante y fui mimado por el cuidado solícito de Sole.

Dejo el tono dialógico y procedo ahora a describir algunos trazos de su personalidad y de su inestimable legado.

Situado en atalaya preferente, por nuestro trato constante, me acerco a su persona y a su personalidad desde el ejercicio de la razón, perfeccionada por el sentir del corazón. Afirma, en libre traducción, el Libro de Job “el hombre está en la tierra para cumplir un servicio” (Job 7, 1 *Militia est vita hominis super terram*). Considero que Cuenca Toribio entregó su vida intelectual al servicio de la Universidad y de las Reales Academias. Su larga y fecunda existencia ha estado centrada en su investigación y en la docencia, sin descuidar la difusión del saber.

¿Cómo narrar en pocos minutos una trayectoria tan rica y plural en cada uno de sus tiempos? Viene en mi auxilio el lúcido pensamiento de Laín Entralgo al hablar de “las vidas sucesivas” como las “etapas de una biografía diferenciadas y dotadas de unidad interna”.

La vida del Maestro Cuenca está jalonada por cinco existencias sucesivas: en la Bética sevillana ya “apunta maneras”, al cursar en la Hispalense su Licenciatura y su Doctorado, con sendos premios extraordinarios; las Universidades de Navarra y Barcelona son testigos de una ya radiante madurez intelectual; en sus dorados años valencianos ejerce su primera *potestas* decanal y acrece su prestigio universitario; y en su dilatada etapa cordobesa, desempeña un Decanato de doce años, respaldado por el beneplácito de sus colegas y, al tiempo, se consagra -entre la ciudad califal y la capital matritense-, con una *auctoritas* científica siempre *in crescendo*.

Cuenca es un historiador excelso, sí... pero no solo. Su inmensa y variada obra, su anchurosa docencia, su vastísima cultura, su ansia perenne de conocer el saber global lo convierten en un hombre del Renacimiento, biotipo de humanista.

Se asemeja a aquellos “filósofos” atenienses, por su conocimiento abarcante del saber que no se dedicaban solo a lo que denominamos Metafísica, sino que su inquietud comprendía múltiples parcelas... en búsqueda de la verdad.

Para definirlo con una palabra elijo la de “Maestro”, término de cardinales significaciones. El principio igualitario que se ha instalado en todos los ámbitos ha arribado también a la Universidad. Y si todo espacio profesional debería estar presidido por un criterio “aristocrático”, en sentido etimológico -gobierno de los más capaces-, en el mundo académico este principio se hace indeclinable. El mundo universitario está regido por relaciones desiguales, no en razón a categorías administrativas, sino por mor de los distintos grados del conocimiento. Así, el progreso de la ciencia requiere de Maestros que dirijan y de discípulos dispuestos a ser instruidos...y educados. En el universo científico no existe el autodidacta. Minusvalorar la tarea del Maestro es un ejercicio de estulticia, salvo que sea de soberbia. Francisco Nieva subrayaba como conservar a los Maestros supone una “forma de ecología cultural”.

Si una Universidad no investiga se desnaturaliza. La ciencia está en permanente avance. Investigar es para Cajal “descubrir los arcanos de Dios”. Una labor estudio se convierte en investigación, cuando es el precipitado de muchas lecturas. Hoy se escribe demasiado, para lo poco que se lee. La escritura debe ser “sobreabundancia de lectura”.

Se necesitan grupos humanos, unidos por intensos lazos, en los que un Maestro dirige y unos discípulos están en disposición de ser instruidos, lo cual no anula su iniciativa, sino que la encauza.

Es bella y sugestiva la imagen del labrador que recorre el campo para esparcir la buena semilla. Y lo hace con gesto medido, solemne, impregnado de sacralidad. El retrato está tomado de la parábola evangélica del sembrador (Cfr. Mt 13, 1 a 23; Mc 4, 1 a 20, y Lc 8, 4 a 15) y lo considero trasladable a la actividad formativa en la Universidad. ¡Cuántas horas y cuánto esfuerzo resultan infructuosos si quienes comienzan, no han recibido la guía y la formación previa de sus directores!

El Maestro Cuenca tenía ciencia y sabiduría y, además, quería compartirlas. Derramaba su experiencia en el discípulo, a fin de que construyese, sobre base segura, con cimientos ajenos. Ello le exigía convertir lo complejo en sencillo y entregarlo a los que comienzan, ejercitándolos de acuerdo con sus singulares inquietudes y capacidades.

Todo magisterio fecundo requiere tintes de prodigalidad, de generosa entrega, pero recibe abundantes y gozosas compensaciones. Eugenio d'Ors subraya: “¡Bienaventurado quien ha conocido Maestro!” Y yo añado: “¡Bienaventurados también los Maestros en los saberes de sus discípulos!”. Y ahora estoy en condiciones de afirmar que Cuenca ha sido bienaventurado y que ha logrado la pretensión horaciana de “no morir del todo” (*non omnis moriar, multa que pars mei vitabit Libitinam*).

Afirma López Ortiz: “Reservarse un saber es hacerle perecer, confiarlo a los discípulos es salvarlo para siempre”. Y nuestro recordado los ha repartido a una pléyade de discípulos. Ha sido un “sembrador de ideas” entregándoles un rimero de temas de investigación en las más de cuarenta Tesis doctorales dirigidas. Además, ha sabido encarnar el luminoso pensamiento de Gregorio Marañón, según el cual la Universidad decae cuando los Maestros olvidan que el trazado de las propias ideas es como la estela del barco sobre el agua, mientras que el de la propia conducta es como el surco del arado en la tierra. Cuenca, convencido de ello, encarnó ese ideal. Su vida ha pasado, así, a otras vidas. Su siembra hizo fructificar aptitudes y contagiar actitudes.

Por otra parte, sus libros llevan “ruido” de aguas que bajan de las cumbres de las montañas. Son el relente licuado cuando el “lector infatigable” se transformaba en “empedernido escritor”, con cerca de noventa títulos individuales y más de trescientos cincuenta capítulos y artículos científicos. Muchas sus páginas escritas desde el juicio riguroso y exento de prejuicio- representan una radiografía -en célebre expresión de Tácito-, *sine ira et cum studio* (Anales, I,1) de la España contemporánea. La historiografía actual se enriquecerá, cuando su obra sea objeto de estudio.

Como contumaz articulista de prensa, Cuenca es modelo de cronista del vértigo que sufrimos en la evolución de nuestro mundo. Desde su pluma acribiosa, con prosa precisa y preciosa, han brotado decenas de Terceras de ABC y centenares de columnas publicadas en el Diario de Córdoba, agavillando argumentos de historia, política, religión y literatura. En ellas, despliega las velas de sus saberes y sale de puerto, todas las semanas por más de tres décadas, para descubrir necesidades y alumbrar soluciones en esa sociedad que, con precisión, retrata. Considero que deberían ser recopiladas.

Intervino en múltiples ocasiones en nuestra Real Academia de Doctores de España y enriqueció sus Anales con hondas y lúcidas contribuciones. En sus intervenciones era siempre brillantísimo. Jamás necesitaba un texto escrito. Al

escucharlo, se tenía la impresión de que entrelaza las frases siguiendo el propio fluir de su pensamiento, que desembocaba, de forma progresiva, en una argumentación sólida y perfectamente sistemática.

La reflexión final de su Discurso de ingreso en 2016 parece haber sido escrito para este tiempo. Dice así: “En hora muy grave para el ser y destino de nación tan vieja y esclarecida como España, ojalá que sus dolientes y angustiados habitantes, frente a los infortunios y desventuras del tétrico hoy, puedan seguir diciendo, estimulados por el alto ejemplo de los andaluces evocados aquí esta tarde: `Siempre nos quedará Madrid`”.

José Manuel ha estado siempre dispuesto para participar, con renovada alegría, en mis cursos de verano de la UNED. Yo era consciente de que regalaba a los asistentes, un ponente de lujo. En aquellas serenas y felices jornadas placentinas compartimos multitud de vivencias del desayuno a la cena, departiendo en largas sobremesas sobre las *res divinae et humanae*.

De su humanidad destaco: su afectuosidad, sensibilidad, trato amable, ilusión por relacionarse con los más jóvenes, genio creativo, hálito estético, carácter comunicativo, disciplina rigurosa y su inquebrantable fe en Dios providente.

Retorno al tono dialógico, íntimo, con el amigo desaparecido.

Entre los muchos regalos que me has otorgado -y que permanecerán para siempre conmigo- custodiaré como preciosos tesoros las relaciones personales que me has regalado. Algunos amigos tuyos que, desde tal condición, se hicieron también míos -valga como ejemplo paradigmático el queridísimo y admirado Quintín Calle Carabias, Presidente de la sociedad Erasmiana de Málaga-; y el cariño de los tuyos entre los que destaco el de tu esposa, Sole, a la que tanto, tanto amabas y admirabas; y los de tu hijo Alfonso y de tu hija, a la que siempre llamabas “mi niña”.

Un sentimiento no expresado en la poesía de Miguel Hernández es la gozosa esperanza fundada en la convicción, de que nuestra relación no ha terminado. Tu vida no se ha “truncado”. Tomo prestada una reflexión bíblica para explicarlo. Así se expresa Isaías: “*como la lluvia que desciende del cielo y vuelve solo después de haber empapado la tierra y haberla hecho germinar...*”, (Is 55, 10-12). El profeta se refiere a la palabra de Dios, pero -salvando la infinita distancia entre lo sobrenatural y lo humano-, puede aplicarse a la vida de los hombres que han atravesado este mundo tratando de hacer el bien.

Tengo para mí, querido “Jóse”, que tú siempre lo has intentado... y, aún más, diría que, frecuentemente, lo has logrado. Ha sido un privilegio tenerte entre nosotros. Has llevado a término tu misión, al dejar sembrado el terreno pisado, haciendo germinar buenas semillas, esparcidas de forma pródiga, en aquellos que hemos tenido la fortuna de rodearte.

Desde el alfa a la omega de tu vida, la Providencia te ha regalado un cúmulo de dádivas intelectuales, talentos que, con tu férrea disciplina de estudio y titánica constancia de escritura, han hecho realidad una existencia a la cual se le puede aplicar máxima clásica: *memoria bene redditae vitae sempiterna est* (el recuerdo de una vida bien cumplida es eterno).

José Manuel Cuenca muere en la festividad del Papa San León Magno... él era también un “grande” de la ciencia histórica contemporánea, española y aun europea, un “grande” en la Academia y en la Universidad.

Intuyéndose el tramonto cordobés, mientras tañían las campanas, entró el féretro portado por sus nietos en la parroquia de Cristo Rey y la Virgen del Valle. Y allí, en representación de esta Real Academia, Antonio Bascones, a la sazón Presidente, y yo le pedimos a la Señora que lo llevase a su Hijo, para franquearle la entrada en el banquete del Reino.

Fue una separación triste... pero esperanzada. Ser Maestro significa no irse del todo. Como persona, su impronta permanece en sus discípulos y en quienes tuvimos el privilegio y la fortuna de tratarlo; como estudioso vivirá en sus escritos, formando una estela luminosa en los anaqueles de las bibliotecas.

Finalizo. Y lo hago parafraseando esta vez, los últimos versos de la elegía de Miguel Hernández. Y así me despido de ti:

*Al azulado cielo de Madrid,
Maestro Cuenca yo te invito,
para seguir conversando así,
sapiente colega, amigo infinito.*